

la preparacion de una sustancia llamada á representar un papel importante por sus diferentes aplicaciones. (G. de M.)

FOLLETIN.

EL CLUB DE LOS FOCAS.

I.

Si desde lo alto de los baluartes de San Maló contempla alguno la ancha faja de arena que divide el espumoso Océano de la pálida verdura de los *Miels* (1), despues de seguir sus graciosas y simétricas ondulaciones, naturalmente fija sus miradas en un grupo de escarpadas rocas, que internándose en el mar, forman un cabo, sobre el cual, en el pico mas agudo, se divisa el fuerte de Rotheneuf como un nido de águilas encaramado entre las peñas. Su posición es tal, que miradas de perfil á cierta distancia sus obras mas avanzadas, parecen estar fuera de nivel, y que sostenidas por un poder desconocido penden sobre el abismo que muje á su pie, azotando sin cesar sus cimientos. La parte del cabo que da frente á la ciudad se desploma en forma de una colosal gradería inversa, constituyendo cada escalon los diversos accidentes de la roca y las extrañas cortaduras que los peñascos presentan. Esta gigantesca escalera, que sin duda á ningun ser humano le ha ocurrido pisar, termina en la playa, sembrada en aquel sitio de arrecifes y puntas escarpadas y agudas. El otro costado que domina la bahía de Rotheneuf forma una cuesta, practicable es verdad, pero mas rápida aun, y que va á perderse en la playa. A pesar de ser tan corta la distancia que le separa de la ciudad y de la populosa villa de Paramé, toda la pendiente Nordeste del alto de la Varde parece un verdadero desierto. Su aspecto desolado y agreste, y el viento de mar que continuamente sopla, disuaden á cualquiera de pasear por aquel sitio; y excepto algun aduanero, cuyo uniforme verde se confunde con el color mate oscuro de las rocas, ó acaso un cazador empeñado en perseguir una pieza, nadie huella la esplanada que precede á las fortificaciones. El terreno que media entre esta esplanada y los sembrados mas próximos es arenoso, movédizo, y como los *Miels*, aparece cubierto de algunas matas de plantas silvestres, especie de alfombra sin frescura ni belleza.

En la estacion de invierno es tan recio y continuo el viento, que la idea de construir allí alguna vivienda humana, cuando no como loca, se hubiese reputado como extravagante al menos. Sin embargo, á principios del año 1793, un pobre pescador, llamado Malescot, se habia construido una miserable choza de tablas, cuyo techo, por una fortuna extraordinaria, solo habia sido arrancado una vez al cabo de un mes. Juan Pedro Malescot era un antiguo calafate empleado en el recorrido de buques en el puerto. Dotado de gran robustez y de una extraordinaria habilidad en su profesion, su trabajo le habria proporcionado una cómoda existencia á no haberle cerrado todos los estileros uno tras otro su brutal jenio é insolente carácter. De resultados de esta exclusion y falta de recursos, se hizo pescador; empero la pesca es un auxilio insuficiente y precario, sobre todo cuando, como él, se carece de los útiles necesarios, y ha de mantenerse una familia de su producto. Al cabo de un mes escaseaba el pan en la cabaña hasta el punto de faltar algunos dias del todo: Malescot sufría en silencio; y agriando esta privacion mas y mas su jenio, maltrataba sin compasion á su mujer enferma, y á su hija, pobre niña de 10 años, que medio desnuda vagaba todo el dia entre las rocas.

Sin embargo, no se podia juzgar al calafate por estas tristes escenas de su vida doméstica. Jamás profirió la boca de Ivona la menor queja: fortificada esta excelente criatura con sus creencias religiosas, que la daban la esperanza de otra mejor vida, encerraba cuidadosamente su dolor dentro de sí misma, no inspirando á su hija sino palabras de dulzura, de resignacion, de paciencia. Unido este generoso silencio á algunas buenas acciones que de tarde brillaban en la vida de Malescot, bastaba para que las jentes le tuviesen en un concepto inmerecido, recordando que hábil nadador hasta el punto de permanecer medio dia en el agua sin violentarse, habia salvado con una audacia y destreza prodijosas en algunas ocasiones á varios naufragos infelices cuando se creia absolutamente imposible socorrerlos. Citábanse circunstancias en que desplegara un valor superior á todo elogio; pero por otra parte, aquellos de sus compañeros que mas frecuentemente le habian tratado, todos convenian en pintarle como un hombre en extremo egoista y codicioso. Con un jesto harto significativo expresaban su opinion cuando delante de ellos se hablaba de su casa y de la pobre Ivona; y si elojaba alguno la filantrópica intrepidez del calafate, daban á entender que su conducta procedia de ostentacion y vanidad, mas bien que de verdadera compasion por los desgraciados.

—El que está á pique de ahogarse, paga bien, decian; y ademas nunca faltan curiosos en la playa que aplaudan y palmoteen. Ponedle en una noche bien oscura delante de un infeliz que esté en peligro, y que no haya nadie para aplaudirle ó pagarle, y ya vereis lo que hace.

Los que de esta suerte hablaban no se engañaban mucho en nuestro concepto. Hé aqui en prueba de ello lo que sucedió en una noche lóbrega y nebulosa de Febrero de 1793.

Hacia tres horas que dormia Malescot, cuando con gran sobresalto le despertaron unos recios golpes dados en la puerta de su choza. Creyendo fuese algun mendigo extraviado por la costa, prohibió á su mujer que abriera, y se volvió del otro lado. Mas lejos de cesar los golpes, se repitieron con mayor fuerza, por lo que apurada su paciencia se levantó gruñendo, cojió su palo, y quitó la palanca con que cerraba la puerta.

—¡Pronto, Malescot, vamos pronto! le dijo el que llamaba, que no era otro que el aduanero que estaba de vigia, cuya casilla se hallaba á cosa de un centenar de pasos entre dos picos salientes de la roca. Allí abajo hay alguien ahogándose; la lancha está varada, y ninguno de nosotros sabe nadar.... Vamos, pronto, tomad vuestra cuerda, y al agua.

En tanto que así hablaba, oíase el mugido del viento entre los arbustos y plantas secas del cerro y las oleadas que azotaban la playa con un ruido que aturdia. El mar estaba furioso aquella noche, y las tablas de la miserable cabaña temblaban y chocaban entre sí como las hojas secas que conservan los árboles despues del otoño. Malescot, casi desnudo, daba diente con diente sin contestar cosa alguna.

—El tiempo urge, prosiguió el aduanero: por ir al fuerte he perdido unos momentos que quisiera rescatar por mi soldada de un año. Los últimos gritos que

se oian, aunque débiles, desgarraban el corazon: ¡un esfuerzo, Malescot, por amor de Dios!

Malescot hizo aguardar bastante tiempo su respuesta. Por último, con aspereza y tono de grosera mofa, dijo:

—¿De qué sirven entonces los guardas de la ciudad en la costa? ¡Atajo de holgazanes, que no son buenos sino para perseguir á los pobres, y que temen al agua como lo que ellos son, como perros rabiosos! ¿Ha salvado un aduanero á un hombre alguna vez? No: pues bien, todas las semanas reciben su paga, mientras que Malescot se muere de hambre en su pocilga.... y eso que.... ¡Pero así va el mundo!... Buenas noches, ciudadano Sol: mi mujer rezará un *De profundis* por los que van á echar el último trago: eso es cuanto se puede hacer por ellos con un temporal semejante.

El aduanero no habia hecho gran caso de las quejas proferidas por el pescador contra su cuerpo; pero sus últimas palabras le llenaron de indignacion.

—¡Cómo! dijo, ¿dejaras que perezca esa pobre jente cuando tan facil es salvarlos? Los últimos gritos se oian como á una media legoa á lo mas, cuya distancia no es nada para tí, que lo mismo te sostiene en agua que en tierra.

Por única respuesta cerró el pescador violentamente la carcomida trampilla que servia de puerta á su cabaña, jurando que con tal noche no daría un paso ni nadaría una braza aun cuando de ello pendiese la salvacion de la ciudad de San Maló entera. El aduanero permaneció clavado en el mismo sitio; y si bien no era mas que un pobre diablo, atenido solamente á su paga, los lamentos de los infelices le oprimian el corazon, por lo cual, llamando de nuevo,

—¡Malescot! le gritó por entre las tablas, yo soy un pobre como tú; mas si el interes puede decirte, no niegues tu auxilio: aqui hay tres monedas de seis libras para tí si sacas alguna persona viva.

Abrióse de pronto otra vez la puerta, presentándose en el umbral Malescot con las calabazas al cuello y la cuerda arrollada bajo el brazo.

—¿Y si el hombre está muerto? preguntó.

—Te daré la mitad, contestó el aduanero sorprendido en extremo de la fria avaricia del calafate.

—¿Y si no saco á nadie? insistió aun.

—Entonces que Dios te ampare, amigo. Muy grande es tu dureza para los infelices que sufren. En ese caso recibirás por tu trabajo un escudo.

—Está hecho, dijo Malescot dando un paso para salir: despues, como codiendo á una luminosa idea, añadió:

—Venga el escudo, ciudadano Sol.

—Cuando vuelvas.

—¡Ahora!.... ¿Me le das, sí ó no?

El aduanero, sin disimular su disgusto, le puso la moneda en la mano: Ya con esto tenia derecho á mandar.

—En camino al momento, le dijo.

No aguardó á que se lo repitiesen Malescot, pues á falta de toda clase de virtudes, tenía la que distingue á los obreros del puerto; á saber, la buena fe. En pagándole; trabajaba: no le movian á ello la humanidad ni ningun jeneroso impulso: si lo hacia era por adquirir un escudo ó tres monedas de seis libras, y nada mas.

En poco tiempo bajó á la playa, seguido del aduanero que le metia aun mas prisa: un instante despues se persignó, y se arrojó al mar. (Se continuará.)

PUERTO-RICO 6 DE FEBRERO DE 1847.

Relacion de las multas que han impuesto varios Alcaldes, Alcaldes-Corregidores y Tenientes á guerra, en el mes de Noviembre próximo pasado por las causas que á continuacion se espresan.

	Ps.	Rs.
Bayamon.		
José Bernardo, por una vaca suelta.....	1	0
Domingo Rodriguez, por una yegua idem.....	1	0
José La-Rosa, por un caballo idem.....	1	0
Luciano Ribera, por una yegua idem.....	1	0
D. José E. Goenaga, por un burro idem.....	1	0
José La-Rosa Cruz, por una novilla idem.....	1	0
José María Gonzalez, por un becerro idem.....	1	0
Victorio Vazquez, por un buey idem.....	1	0
Francisco Rosario, por dos idem idem.....	2	0
D. José Munic, por una vaca idem.....	1	0
Laureano Velazquez, por idem idem.....	1	0
José Agosto, por idem idem.....	1	0
José Venellan, por idem idem.....	1	0
José Marciano, por idem idem.....	1	0
Juan Serrano, por una yegua idem.....	1	0
San Miguel de Trujillo.		
José de Ribera, por dos reses sueltas.....	2	0
Rafael de Ribera, por una yegua idem.....	1	0
Pedro Caraballo, por un buey idem.....	1	0
Pedro Palomares, por una yegua idem.....	1	0
Candencio Correa, por dos bestias idem.....	2	0
Antonio Ramos, por tres idem idem.....	3	0
Simplicio Trabor, por dos reses idem.....	2	0
D. Eduardo Gonzalez, por dos bestias idem.....	2	0
José Blas Ramos, por infraccion al art. 45 del Bando de policia y buen gobierno.....	4	0
Pio Serrano, por tres reses sueltas.....	3	0
Hatillo.		
D. Manuel Estrada, por una bestia suelta.....	1	0
Felipa Perez, por una res idem.....	1	0
D. Antonia Aponte, por una bestia idem.....	1	0
Carmen Carrero, por idem idem.....	1	0
María de la Paz Perez, por contraventura al art. 140 del Bando de policia y buen gobierno.....	2	0
Micela Marrero, por una res suelta.....	1	0
D. Francisco Santans, por idem idem.....	1	0
Rosalía Fafa, por idem idem.....	1	0
Antonio Maldonado, por una bestia idem.....	1	0
Juan Bautista Gonzalez, por una res idem.....	1	0

(1) Llámase así algunos montecillos arenosos cubiertos de mallas cerca de San Maló.